
Los sentimientos de la región

Del viejo centralismo a la nueva pluralidad



Carlos Martínez Assad



**Instituto Nacional de Estudios Históricos
de la Revolución Mexicana**

OCEANO

ÍNDICE



Preámbulo, 11

Prólogo, de Ricardo Pérez Montfort, 13

Introducción: Reflexiones sobre historia regional, 17

MÉTODO Y TEORÍA DE LA HISTORIA REGIONAL

Alternativas del poder regional en México, 41

Historia regional. Un aporte a la nueva historiografía, 61

El laberinto de la historia regional, 71

LA REVOLUCIÓN, LAS REVOLUCIONES

Las corrientes regionales de la Revolución mexicana, 83

Del fin del Porfiriato a la Revolución en el sur-sureste de México, 93

Tabasco en el vértice del Estado nacional, 105

Las rebeliones en México en el periodo posrevolucionario, 125

La rebelión de los vencidos, 137

La educación racionalista, una propuesta al programa revolucionario, 153

MOVIMIENTOS CIVILISTAS

El pasado y el presente político de Guanajuato, 165

La disputa por el Municipio de León en 1946, 181

LOS SENTIMIENTOS DE LA REGIÓN

Nava: de la rebelión de los coheteros al juicio político, 191
San Luis Potosí, gobernar con el pueblo, 209
Caminos de Guanajuato. ¿Hacia un nuevo modelo político?, 229

LA HISTORIA DESDE LA LITERATURA

Chihuahua, el gran poder de Dios en el origen de un mito, 253
Tabasco, escenario de novelas, 271
El Bajío. Donde no hay cruces no hay hombres, 293

LOS PODERES LOCALES

Veracruz, territorio municipal, 303
El poder de los gobernadores, 311
El municipio, pilar de la democracia, 341

LA VUELTA DE TUERCA

Adiós a la Revolución, 357
Identidad, política y regiones en México, 365
El despertar de las regiones, 377

Notas, 397

Índice de nombres, 419

PREÁMBULO



[...] la historia no termina nunca y el pasado no es menos misterioso que el porvenir.

José Emilio Pacheco

Dice Alfonso Caso que:

[...] el historiador no se conforma con explicar el hecho histórico por sus antecedentes. Su misión, como la de todo conocimiento, es servir al presente y al futuro. Él desea explicar el presente en función del pasado. Desea que los hechos que sucedan todos los días queden aclarados por sus antecedentes; porque sabe que la vida que anima el cuerpo de la sociedad moderna está sostenida por el esqueleto del pasado, y que no hay un solo fenómeno social: lengua, religión, política, derecho, modas, costumbres, virtudes y crímenes, que no pueda explicarse por su historia.¹

Nada puede expresar mejor lo que guía mi interés en estudiar a México que esas palabras que no se limitan a enfatizar determinados tipos de estudios ni de especialidades. Todo parece importante porque todo es historia; difícilmente se puede escapar a alguno de esos presupuestos. Me permite, además, justificar el sentido variado de este libro que reúne reflexiones —realizadas a través de varios años de investigación— y que no soslayó ni la información ni la posibilidad de interpretar los hallazgos. Sin embargo, mi selección estuvo orientada a los textos que conciernen más directamente a una comprensión del país, de la sociedad, desde sus regiones, para enfocar de manera diferente el sentido de los estudios que privilegiaron un análisis desde el centralismo.

En esta perspectiva, ver la complejidad de México desde sus regiones llevó, al mismo tiempo, a explicar sus diferencias, a romper con la concepción unitaria y homogénea impuesta casi siempre por la historia oficial, lo cual permitió a su vez conocer la historia no sólo desde la faceta de los vencedores sino también desde la de los vencidos. De tal forma que ahora los

mexicanos tenemos una historia más variada y con matices que nuestros padres vivieron pero no conocieron.

La figura de José María Morelos y Pavón expresa muchos de los sentimientos que he querido manifestar con este libro. En *Los sentimientos de la Nación* dio los puntos que consideró más importantes para la Constitución de 1813; entre ellos estaba la necesidad de reconocer que la soberanía radica en el pueblo, que el Estado debía organizarse a través del funcionamiento de los tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial, y que debía respetarse la representación de las provincias. Por eso un título que rinde homenaje a alguien que luchó por la reivindicación de la nación mexicana con mayor amplitud que el resto de sus contemporáneos.

El lector sabrá comprender lo que significa un trabajo como éste de compilación que, aunque mantiene una estructura, se enfrenta a los desfases de engarzar algo concebido en forma parcial, pero que, reunido y corregido, resulta cercano a las concepciones teóricas y metodológicas que han dado marco a las investigaciones que he realizado.

Debo agradecer el interés que muchas personas pusieron para que este libro se hiciera realidad: Pablo Serrano, que fue alumno de mis cursos, hizo entonces la propuesta al Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, el cual, a través de su director general, Jaime Bailón Corres, pudo hacerla posible. La reunión de los textos fue producto de un trabajo previo de Rubén Pliego, quien realizó un extenso recuento de la mayor parte de mis publicaciones. Es inapreciable la labor de ordenamiento y formación efectuada por Roberto Espinosa de los Monteros. A mi ayudante Jorge Rojas le agradezco la ayuda en la revisión.

Por supuesto, no hubiera tenido el valor de publicar este libro sin el aliciente de Sara Sefchovich, quien insistió en que se trataba de un compromiso particular con los estudiosos de las regiones de México.

PRÓLOGO



*A 20 años de El Laboratorio de la
Revolución. El Tabasco garridista
de Carlos Martínez Assad.¹*

Hacia 1952, en una revisión de la primera mitad del siglo en materia de historia mexicana, el ahora poco recordado historiador Wigberto Jiménez Moreno planteaba lo siguiente:

[...] Si se me pregunta ahora cuáles serán las tendencias que seguirán en los estudios antropológicos e históricos, esquivaré, tanto como pueda, el disfraz de zahorí. Mas suponiendo que en el porvenir habrá de hacerse al menos una parte de lo que debiera hacerse, espero que se dará mayor énfasis a la historia regional, como corresponde a un México múltiple [...].²

Las historias nacionales, sin embargo, siguieron dominando el panorama mexicano hasta bien avanzados los años setenta. La historia particular o regional no parecía obra digna de los que entonces aceptaban llamarse de manera discrecional “historiadores”. Más bien, aquélla se les endilgaba a los cronistas locales o a los leguleyos pueblerinos. No obstante ello, la necesidad de hacer historias en las que los espacios reducidos y las agrupaciones sociales un tanto más pequeñas fueran los principales protagonistas ya se sentía en el aire de los “historiadores mexicanos” de mediana y primera edad.

Haciendo una clara defensa de su posteriormente reconocida “microhistoria”, Luis González y González enfrentaba a las modas históricas un tanto anquilosadas de principios de los setenta con el siguiente mensaje que no dejaba de ser premonitorio: “[...] Haría falta mudar de criterios en la selección de temas; antes de exhumar cadáveres pedir opiniones, oler preferencias, oír pedidos del público. Quizá así crezcan los estudios sobre el pasado inmediato y sobre el entorno local [...]”.³

Por camino propio, pero atento a las mudanzas del quehacer de las ciencias sociales en aquellos años, el joven sociólogo Carlos Martínez Assad

arribó a esa historia regional, que parecía pedir con cierta timidez que los nuevos científicos sociales se acercaran a ella con miras un tanto más trascendentales que las del simple recuento de anécdotas lugareñas. Reconociendo la importancia de *Pueblo en vilo*, del mismo Luis González y González, apenas publicado en 1968, Martínez Assad adquirió mayor conciencia de las posibilidades de una proyección profesional crítica más satisfactoria, tal como él lo reconocería a mediados de los noventa:

[...] El libro (*Pueblo en vilo*) me dio seguridad y elementos para responder a quienes criticaban el rumbo que tomaban mis investigaciones. Con la historia regional se cambiaba el énfasis demasiado estatista y se buscaba una lógica diferente a la centralista. Desde aquella perspectiva se abundaba más en el conocimiento de lo particular para demostrar las diferencias en la construcción histórica del país que el oficialismo había desdibujado [...].⁴

Y fue así como en la segunda mitad de los años setenta, entre las dificultades de bibliotecas y archivos estatales mal organizados y las reticencias clásicas que producía la muy cuestionada historia oral, Martínez Assad ideó, realizó y publicó su investigación sobre el Tabasco garridista.

Hundiéndose en terrenos tan fangosos como los de la reorganización regional y nacional de mediados del siglo XIX, pasando por las acciones y propuestas revolucionarias tabasqueñas, la consolidación de un poder local en los años veinte, hasta mostrar sus influencias a lo largo del sexenio del general Lázaro Cárdenas, la revisión de ese trozo de la historia de Tabasco y de sus hombres realizada por Carlos Martínez Assad se colocó rápidamente entre los textos selectos de la historia reciente de México.

En el clásico formato de los estudios históricos de los años setenta publicados por Siglo XXI Editores, al lado de *Zapata y la Revolución mexicana* de John Womack, de *La frontera nómada* de Héctor Aguilar Camín y de *Los caudillos culturales en la Revolución mexicana* de Enrique Krauze, *El Laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista* de Carlos Martínez Assad proponía una visión de particular relevancia en la historia revolucionaria regional. Esta visión resultaría un tanto paradigmática en medio de los diversos trabajos de investigación realizados por jóvenes científicos sociales.

Además del novedoso análisis y el rigor característico de su trabajo, llamó la atención el interés particular que este investigador de la historia revolucionaria tabasqueña había llevado a fenómenos de índole cultural y

popular. Concentrándose en un principio en el origen del anticlericalismo peculiar que rigió los quehaceres garridistas, el libro recorría de diversas maneras las variaciones ideológicas de dicho pensamiento y su divulgación. Revisando toda clase de materiales bibliográficos especializados, artículos periodísticos, crónicas populares, cuentos, novelas y corridos, complementados a su vez con algunas memorables notas de historia oral (como las conversaciones con Trinidad Malpica H., o alguna de las mujeres garridistas de los primeros años treinta) y no pocas fotografías, Carlos Martínez Assad había logrado integrar su investigación, sus interpretaciones y sus referencias con un estilo muy propio. Su lectura fluía amablemente y al final quedaba el sugerente sabor de haber disfrutado, y quizás hasta paladeado, la narración.

Los acontecimientos, pero sobre todo las voces que los acompañaban, no habían desaparecido en medio de su línea narrativa. Sin perderse al autor de esta historia cedía su lugar a los protagonistas e intérpretes de la misma, dejando al lector percibir el pulso de aquellos tiempos en tan controvertido espacio.

Hoy, a veinte años de publicado y partiendo de una relectura reciente, cabe decir que el libro sigue siendo una aportación relevante en la historiografía regional y nacional de la segunda mitad del siglo XX, pero sobre todo mantiene aquella sabrosura que con dificultad se degusta en los libros rigurosamente académicos de historia mexicana. Pareciera, pues, que hace muy poco —“[...] veinte años no es nada [...]”, diría el tango— Carlos Martínez Assad inició lo que un corrido publicado en *La Voz del Estudiante*, de 1932, comenzaba diciendo: “[...] Vengo a cantarles ufano de Tabasco la canción de este pueblo soberano de tan bella tradición [...]”.

Ricardo Pérez Montfort